
El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

¿Cristina conducción?

Si de lo que se trata es de barajar y dar de nuevo, como muchos especulan después de muerto Néstor Kirchner, habrá que determinar la índole del juego, quiénes son los dueños de las cartas y cuáles los políticos sentados a la mesa en que se hará la repartija. Bien puede Cristina Fernández considerar que el homenaje póstumo que se le rindió a su marido y las muestras de apoyo que ella recibió de parte del pueblo argentino y de todo el arco dirigenal del país, son la demostración más cabal de su legitimidad —que nunca estuvo en duda, dicho sea de paso— pero también de su poder y de la vitalidad del “modelo”. De ser así no se le cruzará por la cabeza fijar nuevas reglas para gerenciar, hasta octubre del año próximo, la cosa pública. Es que si todo funcionase correctamente y además Cristina Fernández sintiese —cómo no hacerlo— ese espaldarazo fenomenal de la opinión de la gente —conmovida por la inesperada desaparición del santacruceño— modificar el libreto kirchnerista resultaría innecesario.

En cambio, si la mujer acostumbrada a obedecer cuanto fijaba como línea directriz de la administración su difunto esposo, creyese que es menester relanzar el gobierno conforme a unas bases diferentes de las que se establecieron a partir de mayo del 2003, entonces seguramente formulará, más temprano que tarde, una convocatoria al peronismo disidente, en primera instancia, y quizás, algo después, al radicalismo. Ello en razón de un dato esencial, que no debe perderse de vista y que todas las capillas justicialistas, sin importar su procedencia ideológica, tienen en cuenta: en 2011 estará en disputa un poder que nadie desea rifar.

El único motivo serio que podría inducir a Cristina Fernández a torcer el rumbo que lleva, es la sospecha de que si acaso fuese el Frente para la Victoria, por un lado, y el ala disidente del peronismo, por otro, ella perdería las elecciones. Sólo en este caso estaría dispuesta a bajarse de alguna de sus convicciones más profundas y fumar la pipa de la paz con quienes, dentro del PJ, han hecho rancho aparte, y la señora —digámoslo sin medias tintas— desprecia.

Sería llamarse a engaño suponer, tal cual se dijo hasta el hartazgo en las vísperas de su rotundo triunfo en octubre del 2007, que la mujer de Kirchner era distinta al jefe de la familia y por eso mismo llegaba para lavarle la cara al gobierno que heredaba y limar las asperezas que había dejado su antecesor en la Casa Rosada. En punto a discrecionalidad, falta de límites, sectarismo ideológico y apego al poder, Cristina Fernández recorrió el mismo camino que su marido con el cual nunca tuvo, al respecto, diferencias substanciales. Por lo tanto, carece de sentido pensar que recién ahora, libre de tutelas de las que teóricamente no podía desprenderse, conoceremos su verdadero rostro. No hay tal cosa y si por ella fuese no le agregaría ni quitaría una coma a la partitura que concibió Néstor Kirchner.

La pregunta del millón a esta altura del partido es saber qué composición de lugar se hace la presidente de sus chances en los comicios de 2011. No se necesita obrar a la manera del oráculo delfico o posar de adivino para darse cuenta que, a instancias de la tragedia que ha debido sobrellevar, la sociedad argentina, de ordinario tan sensiblera en estos aspectos, la premiará con su reconocimiento y su apoyo. Esto significa, ni más ni menos, que cuando se conozcan las próximas encuestas serias su imagen habrá mejorado sensiblemente y es seguro que su intención de voto también. Conclusión: no se viene una recomposición integral del gobierno, una política de reconciliación con sus adversarios o una nueva Cristina Fernández. Lo que veremos, mas allá de algunos afeites y retoques puramente cosméticos, será lo mismo que hasta ahora sólo que administrado por una mujer segura de sí misma, creída que no le debe nada a nadie y subida a la cresta de la ola de la opinión pública que, de buenas a primeras, parece haberle dado una segunda oportunidad.

En todo caso no es a los peronistas disidentes a quienes tiene que tirarle un cabo porque hoy no los necesita para nada. Si fuese tan inteligente como aseguran sus incondicionales, no desperdiciaría esta segunda oportunidad y trataría de reconciliarse con las clases medias urbanas

que fueron las que posibilitaron tanto su victoria, a expensas del duhaldismo en la provincia de Buenos Aires en 2005, como su triunfo de 2007 que la depositó en Balcarce 50. ¿Lo hará? Nadie lo sabe.

Lo dicho no supone que, eventualmente, no haya en su momento algún cambio de gabinete y, desde ya, contempla los discursos que seguramente pronunciará la presidente repletos de buenas intenciones. Pero no dejarán de ser palabras o, si se prefiere, parrafadas mejor expresadas que las de su marido. Eso sí, destinadas a dar la impresión de que no debe haber exclusiones, que lo importante es la unidad nacional, que somos todos argentinos y que a nosotros nos corresponde forjar un destino de grandeza. En fin, vaguedades para consumo interno.

Cualquiera con el carácter de Cristina Fernández y su convicción de que el kirchnerismo es un punto de inflexión en la historia nacional, es lógico que —asumiéndose dueña del apoyo popular— redoble la apuesta y confíe más en esa épica que ha construido el aparato ideológico que la rodea, que en una política mesurada.

Ahora bien, los humores de los pueblos suelen ser tornadizos y de eso algo sabemos los argentinos. Por de pronto y aun cuando la propaganda oficial se haya convencido de lo contrario, no existió unanimidad en las muestras de reconocimiento que se le brindaron a Néstor Kirchner y a su viuda. Es cierto, hubo mucha gente y una notable cantidad de jóvenes. De ahí a que el país en su conjunto, o poco menos, se haya volcado a las calles, hay un abismo. Y aunque así hubiera sucedido lo que debería entender el gobierno en general y la presidente en particular es que los climas de alta tensión social, como el que generó la súbita muerte del santacruceño, son pasajeros. La compasión que despierta Cristina como viuda y la tendencia a proclamar a los cuatro vientos, en medio de las lágrimas, las manifestaciones de congoja y el entierro, que todos la respaldarán sin fisuras de ahora en adelante, son manifestaciones que valen en un determinado momento. Pero no son eternas.

En buen romance, la incógnita principal a que ha dado lugar un hecho que nadie esperaba y que quitó de la escena, en menos de lo que canta un gallo, al hombre más poderoso de los últimos ocho años en la Argentina, no se refiere a cambios de rumbos ni a alianzas novedosas sino a cómo gerenciará el poder Cristiana Fernández.

Que será candidata pocas dudas caben. En cambio, no está claro qué hará Daniel Scioli, mas allá de las promesas a tono con la ocasión, que acaba de ofrecer, como tampoco sabemos cuanto habrá de durar la luna de miel de la gente con la mujer que deberá tomar decisiones, algunas de ellas impopulares, en lo que falta para completar su gestión gubernamental. Cristina Fernández no recibió un cheque en blanco. Se benefició de los efectos de ese refrán que reza así: “Todas las novias son lindas y todos los muertos son buenos”. Hasta la próxima semana.

Secciones del Informe completo

- ◆ ¿Cristina conducción?
- ◆ La economía sin Kirchner
Pocos cambios a la vista
- ◆ Vendaval de cola
El campo, el mejor socio del modelo K
- ◆ Recaudación - octubre
El sector externo hace el milagro
- ◆ Octubre: confirmado, inflación en alza
El temible cuarto trimestre
- ◆ Encuesta de supermercados
Cómo se trampean las estadísticas
- ◆ EEUU: nueva ronda de relajamiento cuantitativo
El ajuste del gasto sigue esperando